

CUARTA PARTE:

El desenlace

Capítulo 13. Almería 7: Tormentas y tormentos

[TEXTOS XIII]

Existe la violencia en el mundo y en abundancia. Generalmente a las personas que piensan así se les calumnia, se les pone verdes con regularidad. El método aprobado es reconocer muy poca violencia y ésa al borde de la extinción. Hoy [creer en la violencia] es un anacronismo.

Geoges Sorel escribió un delgado volumen llamado *La teoría de la violencia* y no muchas personas lo aprueban. Tanto Hitler como Mussolini lo aclamaron con entusiasmo, pues sus obras habrían quedado inconclusas sin este pequeño manual de instrucciones. Sorel causó una guerra mundial simplemente a base de presentar un pequeño volumen de evidencia de que todos los gobiernos han sido instituidos por la fuerza y continúan en el poder gracias a la violencia y la amenaza de violencia, fenómeno atenuado e institucionalizado en las democracias. Compendió muy bien su tesis, limitándola a las páginas de un sólo libro. Supongo que la violencia cruda le fascinaba, pero estaba lejos de ser un rufián, y nunca decidió ir a conquistar el mundo. Estimaba en poco a la sociedad y sus métodos. Y sin embargo a semejanza del amable Dr. Frankenstein, quien estudió la vida y no la muerte, lleva encima el cruel estigma de la guadaña de la muerte. Su colega Koch cayó embrujado por la fiebre del coño (fiebre puerperal en la mayoría de los libros) y se convirtió en un gran hombre cuyas investigaciones permiten a millones más de madres sobrevivir el posparto, creando así nuestro actual problema grave de exceso de personal. No es lo que hace el genio, sino lo que los demás hacen con él, lo que cuenta.

Desde luego a Adolfo y a Benito les fueron bien los negocios por un rato. Tal vez nos concierna a nosotros, buenos sujetos, averiguar las causas.

Mucha es la violencia explosiva que se da dentro de los motores de combustión interna. La gente denuncia a estas máquinas pero no por esa razón. Lo único que piden es un amortiguador mejor. Supongo que creen que en realidad no está ocurriendo.

En cuanto a la sociedad, las cosas más serias se ocultan discretamente en los libros de leyes, los congresos, los periódicos y la TV, las cortes de justicia y las prisiones. Se incluye con mucha sutileza como parte del tejido social, y sin embargo la fuerza motriz está allí al igual que en el motor. No armes jaleo ni te retrases en pagar tus cuotas. No nos adentraremos en la cuestión demasiado a fondo, pero la violencia realmente atroz se comete cuando los tribunales de justicia son justos y tienen razón. Acontecimientos tales como gritar contra las injusticias, o la brutalidad policial, no son más que motas de polvo, como circular brevemente con la transmisión fuera de alineación, un incidente menor muy ruidoso pero fácil de reparar. Los conservadores justicieros indignados devuelven el golpe con toda la brutalidad que pueden hallar y les encanta. El golpear continuo y rítmico del pistón que todos recibimos se alivia un poco al hacerle pedazos los nudillos a los vecinos. La televisión presenta los horrores verdaderos allá en el trasfondo donde nadie se da cuenta, los culpables que son castigados. Los tribunales frecuentemente tienen razón y una persona culpable puede sentir que se ha ganado su castigo, y como se atrapa más o menos a uno de veinte, los términos incluyen una saludable dosis de revancha y de medidas preventivas. —Pero es que ellos se negaron a colaborar. Y entonces vienen las diversas terapias de shock en todas esas bonitas casas mentales. Para los herejes, ¿qué tortura es excesiva si puede salvar su alma?

Yo creo que la sociedad es un primor. No me tomes por un macho de la mantis religiosa, que lo hizo y salió sin ser consumido por su pareja. [...] ¿Es sólo la cuarta parte del dinero e infraestructuras lo que se consagra a artefactos cuya única función es aplastar a tipos como yo, o son las tres cuartas partes? Supongo que muchos chicos simpáticos *prefieren* tener algunas armas de holocausto en sus cuartos, y que yo soy un bicho raro. Confío en que mi gobierno realmente no esté haciendo esas bombas, pero espero que los rusos sí.

Encuentro a la Madre Naturaleza más bien violenta, pero acepto su vara de medir y no al revés. La vida es agresiva y competitiva; también es cooperadora. Pero eso lo haremos

en otro libro. Cuando la palabra caballero* significaba algo, se refería a un hombre de violencia. Aún hoy los tipos altos y fornidos suelen disfrutar de ventajas (raramente los coges haciendo trabajos duros), como las disfrutaban los educados e inteligentes. Puede que todavía tengamos tiempo de reverenciar la sabiduría de Dios al hacer a las mujeres menos fuertes que los hombres, que los estúpidos e ignorantes no gobiernen aquí abajo, y que a los lacayos y a los peones se les mantenga humildes y solícitos.

El Sr. José Ortega y Gasset escribió *La rebelión de las masas* entre muchas otras obras. En mis tiempos era la única obra disponible en americano (prefiero pensar en el inglés simplemente como una forma primitiva más), como si los editores hubieran decidido distribuir el libro a fin de desacreditarlo. A juzgar por su título supongo que podría ser una historia larga y progresista, adecuadamente invocando al derrocamiento de todas las instituciones y la masacre de los ricos, ganándose así [el autor] una buena reputación temprana y una amplia aceptación de su filosofía. Desafortunadamente —la voz se corre— alguien lo leyó y no era esa clase de libro en absoluto. Él declara valientemente pero con poca sabiduría que no quiere que su barbero se convierta en el nuevo jefe de policía, y desde entonces viene afeitándose él mismo. Hacia 1922 señala que los hombres de la masa al parecer creen que sus opiniones y conjeturas son tan valiosas como las de cualquier otra persona. Ortega no lo cree así. En su revolución son los pobres los aniquilados, lo cual en realidad les hace un favor, según el modo en que hablan, y por este procedimiento verdaderamente queda eliminada la pobreza. ¡Justo a lo que otras economías tan sólo pueden aspirar a soñar! De los ricos, acostumbrados ya al gozo, se puede esperar que sigan así, y de esta forma el índice total queda desplazado hacia el placer y se aleja del dolor.

* *Gentleman*, o “gentilhombre”. Nota del traductor.

* * * * *

De estos turbulentos días sólo retazos, fines de semana, y cosas que me fueron comunicadas os puedo proporcionar. Algún verano también, o parte. Pero siempre surgen cosillas que contar.

Mi novia, a la que finalmente conseguí con mucho tesón, mucha paciencia y todo tipo de demostraciones de buena conducta, era almeriense y estaba estudiando en Granada como yo. Pero no vivíamos juntos... ¡Ni por pienso! Ella era de familia muy católica, tanto, que al romper tras cinco años muy, pero que muy unidos, ella seguía virgen. Gracias a ella hice muchos más viajes a Almería de lo que habría hecho de no tenerla a mi lado.

Y estaban las Navidades, fechas muy señaladas para el padre.

Un problema sintomático de lo que vendría después fue un serio y sombrío asunto de dinero. En un momento dado el gobierno USA accedió a una demanda que mi padre llevaba años exigiendo. Por ley, sus dos hijos, como huérfanos de madre, teníamos derecho a un estipendio del gobierno norteamericano hasta cumplir los dieciocho años. Sólo había que certificar que asistíamos a un centro de educación autorizado. La cuestión estaba en que aquellas autoridades aceptaran el Instituto de Enseñanza Media de Almería como lugar digno y serio de enseñanza, lo cual se consiguió al final, con efectos retroactivos. Así pues, de golpe y porrazo le llovieron al padre aquellos dólares, un gran montón de dólares, para los dos huerfanitos. *Daddy* había llorado y ahora mamaba. Mi hermano —todavía no se había marchado— quería su parte de ese dinero, o por lo menos un pequeño bocado, pues suyo era, alegaba, y en una borrachera acabaron los dos matándose a palos y revolcándose por el suelo del comedor. ¡Escándalo ignominioso delante de María y las aterradas niñas!

Si había para mi padre una cosa seria en esta vida era el dinero.

Las cosas se pusieron feas. En cierto momento, que pudo ser éste, u otro más adelante

después de que Percy se separara de su esposa, le fue prohibido para siempre el acceso a la casa.

Yo en Granada conseguí eventualmente separar el presupuesto del dinero para mis estudios del *Trust* de la herencia de la abuela, que me sería remitido trimestralmente por vía directa, a mi nombre, desde Minneapolis. Como era de esperar, él presentó batalla. Pero era innegable que en el testamento estábamos incluidos Percy y Erik, a condición de que fuésemos estudiantes, por mucho que el padre insistía en que el dinero era suyo y sólo suyo. Los apoderados del *trust* no le dieron la razón, pues lo escrito, escrito está. Es probable que los administradores del *trust* incluso preferían, si es que tenían alma y corazón aquellos banqueros, destinar parte del dinero a los jóvenes vástagos a ver si hubiera suerte y salía algo productivo de los fondos, antes que seguir dándole todo al padre, que por larga experiencia ya sabían que equivalía a plantar las semillas en tierra estéril, en campo baldío.

O. G. tenía su propia manera de ver las cosas, o sea, que usaba distinta vara de medir para sí que para los demás. Siempre se había reído de las filosofías “baratas”, abanderadas por Montesquieu y sus secuaces, que glorifican el trabajo como la forma más alta de dignidad del hombre. Estupideces y propaganda. Alcanzas el estado ideal si no estás sujeto a esas memeces y puedes vivir, como él vivía, sin dar golpe y sin importarte un bledo si el resto de la humanidad se empeñaba en desvivirse trabajando.

Y como estaba claro que nosotros, los hijos, no íbamos a disfrutar de ninguna herencia conteniendo los pingües, deleitosos dineros regalados que él graciosamente recibía, lo más conveniente era enseñarnos a aprender a valorar, si no el trabajo, sí los ingresos derivados de él.

Había que comenzar esta tarea desde una tierna edad.

Pido por lo tanto a mis leales lectores, que habéis tenido la persistencia de alcanzar estas latitudes conmigo, que me perdonéis que a estas alturas tenga que volver a mi infancia por un ratito; he considerado que éste era el lugar idóneo para la cuestión que tenemos entre

manos: el dinero. A los niños chicos el dinero no les importa, como todo el mundo sabe, excepto los niños.

Así fue cómo un domingo, allá por el año 1964, tomó O. G. un montoncito de losetas blancas cuadradas de una obra que estaba parada para que yo pintase el retrato del Cordobés sobre ellas, y les hiciese su agujerito y su lacito rojo para colgar de la pared. Manuel Benítez El Cordobés era el indiscutible *Number One* de los toros, un auténtico fenómeno social, desde hacía tiempo, e iba a torear en la feria de Almería. Percy debía coordinar la distribución y venta de nuestra cerámica artístico-torera.

Inversión inicial, casi cero. La pintura que yo aplicaba era muy poca cosa y ya teníamos pintura en abundancia.

Dábamos nuestros primeros pasitos en la ardua escalada que había de convertirnos en *businessmen*.

Yo, en efecto, pinté cincuenta losas con la cara del Cordobés, ninguna igual a la otra. Pero hubo un problema. Lo que el padre no había calculado es que a Percy antes se le caería la cara de vergüenza que ponerse a vender losas, por bonitas o vendibles que fueran, en la calle. Ni delante de la plaza de toros ni en lo alto de un cerro. Total, que los únicos compradores fueron algunas amistades de la calle y como por obligación.

Mi padre no lo entendía. Y es que se le había pasado por alto un pequeño detalle: que los estudiantes en España no trabajan. Estudian.

A decir verdad, por muy traviosos que fuéramos —lo cortés no quita lo valiente— éramos unos niños tremendamente tímidos los americanillos, y eso a mi padre le repateaba. Decidió que había que intentar quitarnos esa boba timidez de encima. Para ello recurrió a las artimañas más rastreras. A lo mejor íbamos en el coche y él se paraba delante de un par de chicas que paseaban tranquilamente por la calle, y decía con su voz de guiri borracho: — Mirad, niñas, mis hijos... ¿No son guapos? —lo único que conseguía, como bien se comprenderá, era que nos recluyéramos más herméticamente dentro de nuestras conchas.

Unas conchas perlíferas seríamos, pues yo bien que oí a Nena decir en cierta ocasión:

—Vaya unos perlas que estáis hechos; unos perlas cosa fina filipina. Entre tu padre y vosotros me cayó el ajuar completo.

Determinado a no darse por vencido en esto de hacer *entrepreneurs* de sus dos lindos hijitos, nos asignó, junto con las lecturas obligatorias, otra tortura nueva. Os cuento: Viendo que lo nuestro no era la venta ambulante, ni trabajo alguno de los que ordinariamente se tienen por “curro” (¿a quién habríamos salido?), decidió probar a ver si por un casual — mayores portentos ha habido— pudiéramos resultar unos lumbreras en aquello que él conocía y había asumido por oficio y beneficio suyo, para mí que más para acallar la conciencia sucia de haragán que por ánimo de lucro. O sea, que nos quiso convertir en accionistas de bolsa. Así, nos asignó cien mil pesetas —falsas, por más señas— a cada uno para que las distribuyéramos a nuestro albedrío, supuestamente usando de toda nuestra sagacidad, *pesquis*, *savoir faire* y *know-how*, entre la multitud de valores de la Bolsa de Madrid. Nos explicó a rasgos generales las reglas de este “apasionante juego”, impartiéndonos unas clases teóricas, y hasta nos confió algunos trucos o secretitos del oficio. Realmente creía que le estábamos escuchando: Ahí tenéis el periódico. Y no vale invertirlo todo en una única compañía o valor.

—Aquél cuyas acciones suban más de cotización verá incrementada proporcionalmente su ASIGNACIÓN SEMANAL.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Puedes repetir, *Daddy*?

Como habrá adivinado el intuitivo lector, el proyecto no duró más de tres semanas. A la cuarta ya le dio fatiga preguntarnos por nuestros progresos bursátiles.

A él tampoco le debió ir excesivamente bien. Recuerdo que tenía la mayoría de su pasta distribuida entre una tal Daw Uquinesa y las Minas del Rif. Debió pensar que eso de la bolsa era “una mina” y se lo tomó en un sentido literal, pues la primera era algún consorcio o que sé yo que tenía que ver con la minería asturiana, vaya porvenir más negro... mientras que la

segunda, las del Rif en Marruecos, quedaron suspendidas de cotización por largos años por obra y gracia del Generalísimo Franco.

No, ninguno de nosotros seríamos nunca grandes *entrepreneurs*.

En otro orden de cosas, algún dinerillo, aunque no tanto como el de las películas, salió de un descubrimiento fantástico que hicimos debajo del agua, en las piedras del morro y toda la espalda del puerto por esa zona, la del muelle. Mucho más valioso que las exiguas ganancias pecuniarias que derivamos de aquello fue la experiencia adquirida y el puro disfrute.

Bucear era una de nuestras grandes aficiones. El padre nunca tuvo problema en regalarnos gafas, tubo, aletas, un arpón o pincho tridente, cinturón de plomos y hasta una escopeta de aire comprimido de pesca submarina marca *Nemrod* de esas que lanzan un arpón; todo menos botellas de oxígeno. Pero ambos aguantábamos bastante tiempo bajo el agua, sobre todo Percy.

En una ocasión, en la zona de la desembocadura del río, cazó mi hermano un pulpo gigantesco, todo enrollado alrededor de su cuerpo, que parecía aquello un filme de terror; y cuando por fin logramos quitárselo de encima asomó un Percy llenito de horribles botones rojos en la piel, de las ventosas del pulpo. Viéndolo uno juraría que había pescado un segundo caso de sarampión en aquellas profundidades.

Pero volviendo a nuestra novedosa aventura, lo más extraordinario fue que nuestras herramientas de trabajo se reducirían a un simple martillo y una bolsa de tela de red. La presa: unos moluscos parecidos a las ostras que crecían sobre las mencionadas rocas. El área estaba literalmente plagada de estas ostras, que estaban pegadas a las rocas con un cemento que ellas mismas producían. Se las reconocía por el vivo color rojo de una cierta excrecencia esponjosa que crecía sobre su concha superior, aunque la vegetación que también le crecía encima trataba lo mejor posible de ocultar al animal. Loca naturaleza: el animal, por algún misterioso motivo, decide vestirse de rojo flamante, y luego cambia de

opinión y lo tiene que disfrazar, camuflándose. Con un mínimo de práctica y buen ojo se las reconocía de inmediato por su bulto y sus tonos rojo escarlata o a veces anaranjados; además, si bajabas con sigilo la cogías desprevenida y un poco abierta, delatándose por la rendija blanquinegra que mostraba. Un par de buenos martillazos estratégicamente dados en el eje de las dos conchas y te la subías a la superficie y era tuya. Inicialmente trajimos a casa unas cuantas, y *Daddy* quedó tan impresionado por el hallazgo que las quiso probar en seguida. —¡No, no: crudas! A lo Rockefeller, con su sal y limón, y crudas—. Nosotros: —Eso, para ti—. Condescendió en que nosotros, y Nena más que nadie, nos las comiéramos asadas. Nos garantizó allí mismo un precio determinado por cada ostra que trajéramos a casa. Como era de esperar, pasó como con los congrios: que antes de que nos diéramos cuenta ya estaba el frigorífico a rebosar de ostras, y los niños hartos de comerlas: ostras fritas, al ajillo, al pil-pil, en sopa, tortillas de ostras, en la paella... ¡Ostras! Y María harta tanto de cocinarlas como de comerlas. Para colmo de los males, estaba mi padre seguro de que la concha superior, esa con las excrescencias rojas, era rica en fósforo —y efectivamente, a eso olía— además del calcio, por lo que nos encasquetó a los dos niños la tarea de tener que machacar las conchas dichas con el condenado martillo y mezclar el polvo resultante con el pienso para las gallinas que teníamos en el terrado, y que tenía que estar machacado muy fino, nada de astillitas ni trozos gordos.

Pronto preferimos vender nuestra cosecha pesquera a los bares, siendo nuestro mejor cliente la Gamba de Oro, aunque pagaran menos que mi padre. Llegó por fin el día en que empezaron a escasear las ostras en el mar, quedando tan solo las chiquitinas, y se acabó la aventura. Apuesto que han vuelto a establecerse y con ganas en aquella misma zona.

Una última fuente de ingresos, que duró seis u ocho meses, era la venta de sangre. Había un hematólogo en el Paseo que pagaba 500 ptas. por una extracción. En cuanto uno de nosotros dos o alguno de los amigotes se lo hacía nos íbamos directamente a la Oficina —la tasca, se entiende— a celebrarlo y a reponer la sangre traspasada, ya que no donada, con

sangre de la viña. Justo lo que recomendaba el doctor. No recuerdo exactamente cómo pasó, pero el caso es que mi padre se enteró de que lo veníamos haciendo. A lo mejor nos pilló a alguno con dinero y nos acusó de habérselo extraído del bolsillo durante la siesta o qué sé yo, pero ¡qué susto! Curiosamente, en cuanto se le explicó que sólo se podía hacer en un único sitio y una vez al mes como máximo, él no le encontró otra objeción que nuestro secretismo. Afirmó que podía beneficiar al cuerpo activando el proceso regenerador de la sangre, y dijo que iba a ir a ver si lo podía hacer también él, ¡ja! No volví a saber más del asunto. Poco después el médico, al que llamábamos, como cabía esperar, “el vampiro”, cerró su negocio.

Como venía diciendo al principio del capítulo, yo comencé a recibir mi beca o subvención de estudios en Granada, y Percy se había marchado a los Estados Unidos. Mi padre ya no era dueño absoluto de nuestros destinos. Esto le debió doler mucho. ¿Cómo podía ser? ¿Qué ha pasado con Percy y Erik, que los he perdido? ¿Será para siempre? ¿Y será esto lo normal, o me ha caído una maldición a mí? ¡Desagradecidos, con todo lo que he hecho por vosotros!

A mi hermano Percy, en América, le cayó del cielo un pegote de dinero del seguro de un automovilista que pasó por encima del pie de su esposa embarazada con la rueda de su coche. Volvieron los dos a Almería, alquilaron un piso en el Zapillo, junto al mar, no sé por capricho de quién, y procedió Percy a dilapidar el dinero en juergas. Visitándolo un día vi en qué estado de locura se hallaba sumido. Me mostró, en el suelo de la habitación, “la tortuga más rápida del mundo”, al que le había administrado anfetaminas el muy canalla, que no sé de dónde habrían salido, acaso las célebres *Centraminas* tan populares entre los estudiantes. Al parecer en Minneapolis llegó a catar casi de todo y en especial el LSD y los hongos tan propios de los hippies, y es que correría el año 1969 o 70, y el movimiento, con eme minúscula, de los melenudos estaba en su punto álgido. Dudo seriamente que creara muy buena impresión, como representante de la rama almeriense de los Waldenstone, en el

abuelito el médico.

Tuvieron un hijo, y una hija, y otro hijo.

Esfumado el dinero de América, pasaron a vivir en el pueblo de los padres de ella, pueblo que no mencionaré por precaución, pues algún lector desavisado pudiera desconocer que al oírlo nombrar hay que tocar madera, y yo espero que esa pequeña leyenda negra no la haya instaurado Percy, sino que en verdad le viene al pueblecico costero de una larga y arraigada tradición brujesca.

Al final los suegros de Percy se hartaron de costear a este gandul borrachín y decidieron que no lo querían por allí, enseñando su carota a lo Troy Donahue. Él probablemente se habría dedicado a buscar trabajo, de haber tenido los papeles en regla. De hecho le salían chapuzas ocasionales, y también seguían rodándose películas, aunque en mucho menor número. Pero era extranjero sin permiso de trabajo, y no le fue fácil. Así que Percy se vino, solito y desamparado, a cobijar en la casa de unos emigrados a Barcelona en la misma calle de Duimovich, cuatro puertas más debajo del hogar paterno. La Mami, que fue la que le consiguió el cuchitril aquél que carecía de agua corriente, electricidad, y muebles, le llevaba la comida a escondidas y le daba el poco dinerillo que se agenciaba. Pobre Percy. Y pobre Mami. No fueron años fáciles para María. Y lo peor estaba por venir.

Para mi hermano sí que fueron los años más duros de su vida, los más desquiciados y desoladores, en que se aferraba a cualquier cosa para sobrevivir. Errante vagamundos, trapo frágil zarandeado a los cuatro vientos.

El padre entretanto iba mostrando síntomas de deterioro mental, que al principio podían interpretarse como simples achaques o rarezas suyas.

Recuerdo un tiempo, aunque todo esto lo tengo muy confuso en cuanto a cronología, en que a O. G. le dio por llevar larguísimos mostachos que le bajaban por la mandíbula, a la que sobrepasaban en siete u ocho centímetros, curvándose ambos mechones hacia un mismo lado. Criticados su mala facha y peor visaje por María, quien le suplicaba que se afeitara

esos pelos tan feísimos que lo convertían, según decía, en el hazmerreír de todo el mundo, el tío más mamarracho de Almería, declaró con circunspección estoica que a las esposas había que hacerles siempre el gusto, pero sólo a medias, y así, se pasó todo un verano paseando con medio mostachón colgandero. Probablemente, y para demostrar que no era tímido como sus hijos, estuvo luciendo el tipo mucho más de lo habitual aquel verano. Y ríase la gente.

El abuelo un día le escribió que la multinacional Honeywell le daría un buen puesto de trabajo si volvía a Minneapolis, sede del cuartel general de la magna compañía. Posiblemente fuera éste el test final para determinar si su díscolo hijo merecía figurar siquiera en su testamento. Él se lo tomó tan en serio que contestó que sí aceptaría, que lo haría con gusto, pero sólo si lo nombraban vicepresidente general.

Augusto Yáñez, el artista filósofo y único amigo que le quedaba a mi padre, amistad heredada de su hijo Percy —a quien él había desterrado— empezó a sentir aprensión y hasta temor durante las visitas periódicas que le hacía a su amigo *el americano*, pues él también veía que su cordura se iba deshilachando por las costuras, y que el tino no le andaba afinado, máxime cuando asomaba el espectro de los celos. Finalmente dejó totalmente de ir.

Mi padre tenía en mucha estima, como empezó a obviarse, la fidelidad de la esposa. O sea, que sentía un pánico atroz hacia los cuernos. Olin Griffin Waldenstone: Vino, dinero, mujeres... genio y locura.

De la fidelidad de María nunca tuve ni la menor sospecha, ni la tuvo nadie, salvo él y sólo él, allá adentro en las cavidades de su mente carcomida por años de alcoholismo. Paranoia etílica: Patología harto conocida y documentada, desenlace casi garantizado. La víctima: la esposa... ¡qué terrible angustia, qué situación la de la mujer que se convierte en foco de estos ataques feroces! Y él cuánto debió sufrir en su cerebro, mal éste mil veces peor que el *delirium tremens*, constante, avasallador, tan destructor como la cirrosis, mas no del enfermo sólo, sino de todos los que le rodean.

María se marchaba corriendo con sus hijas calle abajo, a la protección de la casa de su

madre. Esta escena se repetía una y otra vez, cada vez con mayor frecuencia. Y dentro de la casa el correr de los cerrojos, golpes, puñetazos, gritos callados y admitir cualquier mentira hervida en la mente febril del marido (de nada servía negar), y temblar y llorar. Mi pobre Mami... lo que tuvo que aguantar esos años no se lo deseara yo al demonio en persona.

Volviendo de vacaciones a la casa un verano me encontré con que ésta sólo lo habitaba mi padre. Me habló sobre unas voces que oía:

—Existen motivos para dudar de lo que oigo, sí; es muy posible que me esté volviendo loco, pero yo lo oigo, y eso no hay quien me lo quite.

—¿Qué es lo que oyes?

—Los vecinos. De noche se reúnen justo debajo del balcón y hablan del pobre americano, que no me doy cuenta de que María se está acostando con todos los hombres de la calle. Pobre, inocente del americano.

—Eso me parece muy, pero que muy, raro. No es posible, *Daddy*. ¿Pero cómo iba a acostarse *con todos*? Imposible. María nunca haría nada parecido.

—¿Me das permiso para despertarte esta noche cuando empiecen a hablar?

—Naturalmente que sí.

Efectivamente, esa misma noche me tocó en el hombro, y sigilosamente fuimos de puntillas a su habitación, la del gran balcón que da a la calle. Me senté a los pies de la cama y... nada. Silencio. Lo miré a él y miré el macabro fresco que había pintado en la pared, de figuras fantasmales, etéreos demonios: Un raro hombre medio O. G., medio lord inglés, con monóculo; una negrita en medio; un espectro amorfo, bufado, al otro lado; y debajo de la mujer negra del centro se dibujaba con toda claridad una pierna de hombre blanco, desde el pie hasta la rodilla, que chorreaba sangre mientras se asaba al fuego.

—Se deben de haber marchado —dijo. Y juraba que todas las noches oía las mismas voces delatorias.

Percy, a pesar de estar oficialmente exiliado, y yo, que acabé uniéndome a él en la otra

casita, por fin nos armamos de valor y tuvimos una confrontación con el padre, ante su puerta, sobre eso de encerrar bajo llave a la Mami y golpearla. Aparte de no querer ni ver a Percy, Olin se puso a acusar a Nena a grito pelado de haber corrompido a sus dos hijos, poniéndonos en su contra.

El universo se iba encerrando alrededor de O. G. Waldenstone.

Estas cosas fueron sucediendo poco a poco, y aunque él en ocasiones mostraba visos de mejoría, e incluso de haber sanado repentinamente, sus recaídas eran cada vez peores. Exhibía no obstante momentos de lucidez y aún de emotivo afecto marital.

Llegó la Navidad siguiente a la confrontación con nuestro progenitor, y recuerdo que asistí con mi novia a la Misa del Gallo. Mi padre estaba totalmente solo. Mi hermano y yo habitábamos la casa de abajo, y Mami y las niñas se alojaban más abajo todavía. Toda la familia estaba en la calle Duimovich, pero troceada. Se me vino a la memoria la enorme importancia que mi padre había dado a la Noche Buena en los años alegres, cómo nos reuníamos todos a la cena y al champán y las niñas cantando, Laeticia tocando el piano, y él tan padrazo, tan lleno de amor. Me tuve que salir de la iglesia llorando. No podía soportar pensar en los tormentos de *Daddy*, encerrado y solo y enfermo.

Nena había denunciado varias veces los malos tratos recibidos, pero cuando el comisario le decía que se llevarían a mi padre a la cárcel ella siempre se echaba atrás. Finalmente fui yo con ella, y acaso viniera Percy, e hicimos que ella se mostrara más firme; que si no lo hacía, asegurábamos, él acabaría matándola, seguro. El comisario llamó por teléfono al Sr. Waldenstone, haciendo constar quién era y el motivo de la llamada. Mi padre gritó alguna incoherencia y colgó, convencido de que era un ardid nuestro. Al poco sonó el teléfono del escritorio del comisario y era mi padre. Entonces sí que le echó el comisario una sonada bronca, advirtiéndole al señor americanito que con la policía española no se juega.

María, por enésima vez, se negó a presentar cargos.

Pero mi padre ya no esperó. Cogió el coche y se presentó en una prestigiosa institución

mental de Málaga, a internarse por un período. El sitio que tenían en Almería era un manicomio; aquello era un vergel.

Una semana paseando entre árboles, desintoxicándose del alcohol. Entonces se dio de alta, en contra de los mejores consejos de los especialistas.

Prometió el cielo y más a María. Hicieron un viaje de reconciliación a Portugal. Ella volvió llorando, destrozada. La había maltratado todo el viaje.

Más jaleos. Más policía, la cual precintó la casa, pues él se había largado, según nos enteraríamos más tarde por enfermizas postales repletas de crueles acusaciones, a Sevilla. Antes había dejado embarazada a María. Sería Gus, el único varón habido del matrimonio.

Un año en Sevilla del que las únicas noticias fueron esas sucias postales y el pavonearse de que se había echado una querida, en revancha. Alardeando de Donjuanismo.

Entretanto María recibió autorización para ocupar con las niñas la casa familiar.

Volvió mi padre al nacimiento de su hijo, de quien tuvo el ofensivo, sádico-masquista descaro de dudar de la paternidad. ¡Chalado de los mil diablos!

Volvió a marcharse. Pero al poco estuvo de vuelta e hizo una última y frenética intentona de hacerse con las riendas de su familia almeriense. Percy y yo, milagrosamente, seguimos presionando lo suficiente para convencer a Nena de que, por su propio bien y el de los cuatro hijos que aún le quedaban por criar, se mantuviera firme. El americano de Almería estaba demasiado ido.

El americano de Almería entonces se levantó y “se orientó”. En otras palabras, que a los pocos días, muy temprano por la mañana, casi de madrugada, cargó el Simca, y se puso en el Pakistán.

Capítulo 14. El Oriente

[TEXTOS XIV]

La vida bien jugada tendrá la crudeza de una buena lidia. El secreto está en que al torero le importa un bledo. Todos esos peligros y escollos en que se vería envuelta la mayoría de los que estuvieran en sus zapatos a él le traen sin cuidado. Esto se va forjando en etapas sucesivas, Su ego es simplemente la pequeña muleta que él sostiene como si tal cosa en una mano, que hace ondear y revolotear con gran agilidad. Se siente menos involucrado que el público y en consecuencia su público se vuelve frenético. [...]

— — —

Nadie ha vivido jamás que no haya obtenido resultados atroces en casi todo.

— — —

Mirando hacia atrás, nuestro placer deriva de lo que entonces fueron nuestros peores y más horribles momentos. Contemplamos con una burlona sonrisa de satisfacción aquellos tiempos en que todo nos fue mal, nada salió como queríamos, a esos momentos [oferecemos] nuestro tributo de agradecimiento por lo que podamos haber llegado a ser y por lo mejor que hay en nosotros hoy, si es que hay algo.

— — —

Se ha dicho que los católicos consideran que hay dos estilos diversos de vida, la de aquellos que consumen su existencia sin hacer nada malo, y la de los demás, los pecadores. Los primeros van derechos al infierno en tanto que para los últimos puede haber esperanza, probablemente en el purgatorio claro. Es dogma que no se necesita ser católico para ir al cielo, pero muy pocos se hallan preparados para ir entre los suyos.

[...]

Yo por mi parte el cielo prefiero evitarlo. Las oportunidades deben ser mayores en el infierno, donde sólo se puede ir para arriba.

* * * * *

María y los niños en Almería, yo en Granada, y Percy pasándolas canutas entre Barcelona y una ocasional visita a Granada, con una nueva compañera y dos sobrinillos más para mi álbum familiar. O. G. siempre creyó que el hombre de verdad, si tiene un buen cerebro, y si es un Waldenstone con más razón todavía, deberá, en conciencia, traer al mundo muchos bebés. Cuantos más traiga, mejor para el mundo. Mi hermano tenía que seguirle los pasos en lo mejor que pudiera y dentro de sus nunca dilatadas capacidades.

El padre había desaparecido.

María, por su parte, carecía totalmente de medios para mantener a sus cuatro hijos.

Fuimos a Madrid ella y yo, a la INTERPOL. Ya estaba claro que en España no debía estar. Le tenía demasiada paranoia a la Guardia Civil y la Policía Nacional española.

Acordaron el banquero de Minneapolis y María informarse mutuamente de la primera señal de vida del americano. Como quedó apuntado al principio de esta historia, su madre (¡qué sabias son las madres!) había dispuesto que de ningún modo se le diera el mogollón de sopetón, pues sería su ruina. En vez de ello había que alimentarlo con cuentagotas, y llevarlo a una ruina de su propia querencia y elección.

Y ocurrió que gracias al carteo de Nena con el banquero, éste redujo la dosis del cuentagotas en cuanto se supo que él ya no tenía tantas bocas que alimentar. *Ouch! GOD DAMN!!!*

Recibimos una carta de Yugoslavia, donde el autoexiliado tiraba por los suelos el comunismo, y también, con mayor ahínco, a su insidiosa y malvada esposa, la culpable de todas sus penalidades. Iba dirigida a las niñas. O. G. ya no se hablaba con nadie más. Amaba sólo a sus niñas, y todos los demás conspirábamos contra él. Desde ahora se llamaría Marco, de San Marco, patrón, decía, de los cornudos. Mami dice que recibió una postal de tono muy

diferente, en que confesaba que ella había sido su único amor, que la había amado desde antes de que existieran las cataratas del Niágara. Del envío de la postal no tengo por qué no creérmelo—se debería a unos de esos efluvios de cordura que le daban a O. G., ahora llamado Marco—; de lo de las cataratas del Niágara abrigo ciertas dudas; pero son aguas pasadas de todos modos, que en nada afectan al hilo de la historia que venimos narrando.

Bulgaria. Turquía. Irán. Afganistán. Pakistán.

En el Pakistán se iba a tirar una buena temporada durmiendo la mona en la cárcel, por ocurrírsele la brillante idea de montar una pequeña destilería en la pensión. Gajes del oficio de bebedor. Y quién sabe si no intentaría incluso hacer negocios, todo orgulloso él, con su alambique, su preciosa máquina de producir *eau de vie*. Se ve que el señor Waldenstone no guardaba excesivo respeto, el lo fundamental, por el mundo musulmán. ¡Qué hombre, qué hombre!, diría María. El infierno debe de estar plagado de estúpidos con intenciones estúpidas. En la prisión pakistaní tuvo hasta garrapatas en el pelo. Y tiempo para meditar y hacer metafísica. En estas fraguas supongo que se forjaron sus dos obras literarias, de las cuales vienen libando los lectores unas minúsculas gotas capítulo a capítulo. O acaso nacieron antes que las cataratas del Niágara. O. G. tuvo que quitarse de en medio, verlo todo desde fuera, para comprender y agarrar la realidad. Estaba entre un abismo de eternidad y una quimera fugaz, una cerilla encendida que llegaría a los confines impensados del universo.

Tras su estancia en el Pakistán pasó a la India, su segunda residencia en este místico país, desde donde se evadiría a Sri-Lanka, antes Ceilán, considerando a los indios demasiado locos con la religión, según supimos por alguna misiva que envió. Se me ocurre, mirando el mapa de la India, que no es inconcebible que decidiera volver a Ernákulam a buscar al antiguo comisario para cantarle las trece y tal vez echarle a él la culpa de todas las desgracias que le venían acaeciéndolo. Si esta hipótesis demostrara ser cierta, tal visita bien podría haberle acarreado una segunda expulsión del país. Pero para qué buscarle los tres pies

al gato... Eso sí: su mérito tendría. Pocos son los llamados a ser expulsados dos veces de la India.

En una de las escasas cartas que envió a sus hijas nos comunicaba que a su cabello, que desde los treinta años tuviera blanco, le había vuelto el color natural. Oh prodigios.

Estaba pasando lo suyo, el pobre, por esas tierras donde Dios no quiso poner el pie izquierdo. En Ceilán había *arak* en abundancia y algún que otro amigo occidental loco y desarraigado como él. Existía también la suficiente tranquilidad o tedio para escribir. Tengo en mi posesión una carta supuestamente de un amigo alemán, mas con esmerada dicción anglosajona, dirigida a Mark, mi padre. Las virguerías descritas para conseguir una razonable melopea, en un entorno que no fuera de pura pesadilla, son apabullantes ¿Cómo llegó a mí la carta? No lo sé, probablemente se colara accidentalmente entre las páginas de sus manuscritos que al final me entregó. ¿Existió realmente este alemán, un tal Lew? ¿Acaso él exteriorizaba sus angustias más íntimas mediante cartas de almas hermanas que supuestamente le escribían, pero que en realidad las redactaba y se las enviaba él mismo? El estilo y los problemas diríanse suyos. Pero tal vez Sri-Lanka se había convertido efectivamente por aquellos años en el apeadero final de miríadas de almas alcohólicas en pena. Su limbo.

Siete años que caben en una carta de dos miserables páginas.

El *arak* después lo prohibieron. Y fue, mirad qué cosa más curiosa, por las mismas fechas en que él abandonó la isla.

Siete largos años. El lector habría merecido más detalles tangibles. Posiblemente las misivas a sus hijas que escribió desde Ceilán hubiesen asistido a la redacción de este capítulo, arrojando algunos destellos de luz en la oscuridad, una oscuridad tan atroz que rezuma hálitos del hades. Mas ni tan siquiera sé si alguien las conserva. Y siempre habrá quien opine que no son más que ganas de sacar los trapos sucios a relucir, o como diría más cabalmente Don Quijote: *Peor es meneallo*.

Todo flores y vaya familia más campechana.

Mas como habrá advertido el sapientísimo lector, yo no me senté ante el ordenador con la intención de producir una novela rosa, que ya hay por ahí una fantasía en versión manuscrita que lleva el título de *Marinena, una joven andaluza con un don muy especial* — No, no la he escrito yo, el cielo me libre—. Se mirara como se mirara, el tema merecía un tratamiento un pelín más riguroso.

— — —

María y los niños se mudaron de barrio en Almería, para estar cerca del hospital la Bola Azul, donde ella trabajaría de ayudante de enfermera. Gus y las niñas se fueron haciendo grandes paulatinamente, magníficos ejemplares Waldenstone, aunque no tan allá en las notas de la escuela, pues a decir verdad la madre tenía un considerable agobio, entre el trabajo, los niños, y ser aún joven y con ansias de vivir una vida que tuviera tintes de normalidad con sus compañeras de trabajo y otras amistades nuevas y jóvenes que destilaban vida y felicidad. Siendo además hija de las cuevas “Moví” como era, mal se le podría exigir ser la mejor pedagoga del mundo.

Yo vivía en Barcelona por esos años, terminando mi carrera de filología hispánica. Dos veranos en el alegre pueblo costero del poniente almeriense de Adra, casado con una alpujarreña, y disfrutando de lúdicos días playeros con los hermanillos de ambos, caterva de chiquillos y chiquillas. Gracias, Adra, por tu feliz generosidad al acogernos. Gracias, pescadores, gracias, agricultores. ¡Qué gente más sana, me cachis! Una buena mañana me encontré, yendo a pescar al puerto abderitano, con el Árabe, el padre de Nena, que había acudido de excursión a pescar ahí también. Fue poco antes de su muerte. Un fugaz espejo al pasado significó para mí, y por un breve rato tuve la ilusión de que todo seguía igual que antes.

Percy trabajaba en las playas de la Costa Brava, arrastrado con sus fuertes músculos patines acuáticos sobre la arena, como si fueran juguetes. Yo cuando lo visité no podía ni

mover esos bicharracos. Percy estaba rubio y negro del sol. Allí conoció a su tercera y definitiva pareja del alma. Hacían, y hacen, un dúo extraordinario. Acabaron por regentar una tienda de souvenirs en Playa de Aro. ¡Mi cuñada, qué cariñosa que es! ¡Aragonesa, claro! Percy, tu vida, o al menos la segunda mitad de ella, a ella se la debes. Una ventaja adicional de esta nueva cuñada, al menos conociendo por la experiencia del pasado a mi hermano: que no podía tener chiquillos. Lo digo porque, como en aquella foto de Percy con Laeticia, a él lo pones junto con chiquillos y por alguna razón resulta una incongruencia. Tal vez es por lo lacónico y taciturno que se ha vuelto al correr de los años. ¡Oh tiempos, oh costumbres!

No sería inconcebible que Percy se sintiera defraudado de todo el asunto de su pasado, sobre todo por el papel que jugó en él su padre, y acabara encerrándose en su cascarón, dándole la espalda a la infancia.

Para cuando por fin volvió el padre a Almería correría el año 1980. Se acababa de calmar el frenesí post-franquista. Yo ya estaba en California, bien apartado del mundanal ruido familiar. Nena se había mudado para entonces a Granada y trabajaba para el hospital Ruiz de Alda, y todos estábamos firmes en la convicción de que, pasara lo que pasara, *nunca* debía de volver a juntarse ni dejarse arrastrar por el americano loco de su marido. Ello podría significar la muerte. María había ido una vez a Málaga de visita y consulta al sanatorio del que O. G. se había largado prematuramente. Según nos contó ella, uno de los médicos que lo habían tratado le dijo que con un recio varapalo a tiempo se habría podido controlar a mi padre, como a todo buen paranoico. Yo, aunque sea en calidad de lego, discrepo del estilo de tratamiento recetado *a posteriori*. Se parecía lo que aconsejaba a aquellos inventos del cuaderno trimestral *Horizonte*, del experimento de triple control, en que el paciente no sabe lo que recibe, la enfermera desconoce lo que administra, y el médico no tiene ni puñetera idea de lo que está pasando. O la bañera con entrada lateral. O aquel enigma que me ha perseguido durante años: ¿Si una cosa no vale la pena hacerla... vale la

pena hacerla bien? Puede que se consiguiese amansar una, o hasta dos veces al enfermo, pero a la tercera el palo había de ir contra la cabeza de ella. Seguro.

Capítulo 15. Almería 8: El crepúsculo

[TEXTOS XV]

Después de alcanzar cierta edad, y con la mayoría de nosotros antes de dicha edad, nos encontramos con que sufrimos deficiencias e impedimentos físicos crónicos además de los agudos. Nos gustaría que unas bonitas pastillas o baños termales nos pusieran en forma de nuevo pero eso no está en la naturaleza de las cosas. A menudo sabemos las causas y no queremos la cura. Claro que una pildorita mágica no vendría mal. Tal vez uno de esos médicos a la vieja usanza, o uno muy caro, podría recetarnos una nueva síntesis de actitudes o simples máximas para seguir un compromiso más apetecible al paladar o que no se nos hubiera ocurrido antes. Igual podría hacerlo un consejero vocacional o matrimonial o una buena dosis de curanderismo. O una cara. Cuando no se está inmerso en el amor o la guerra la vida se nos vuelve cenizas en la boca, oh, arder nuevamente con esa llama diamantina. Pero a nuestra edad no es probable.

La verdad sombría de los hechos es que no nos da la real gana. [...] Mirad lo que hacen los niños o aquellos jóvenes llenos de espíritu. [...] Hemos perdido la pasión por las chocolatinas y el helado ya no nos atrae. Sus emocionantes metas son efímeras y falaces, y ellos lo saben pero no les importa. ¿Por qué se defraudan a sí mismos de forma tan consistente con esos dudosos experimentos cuyo desenlace es tan deplorablemente decepcionante? [...] Y por un poquitín de sexo son capaces de llegar a tales extremos cuando probablemente nada va a suceder de todos modos. ¿Qué le ocurre siempre al hombre que sabe demasiado? Si te acuerdas, aquellas anheladas aventuras nunca se nos antojaron una ocupación razonable, raramente dieron su fruto. Puede que parezca que pedimos demasiado, pero si pudiéramos tener una pizca de paz y tranquilidad para variar, sólo por esta vez, estaríamos terriblemente agradecidos.

Yo sé lo que a ti te pasa, lo que te pasa es que eres viejo. De verdad, siempre sentado por ahí en los bancos del parque discutiendo tus deposiciones intestinales con amiguetes

circunstanciales. —Pues yo tengo estas nuevas pastillas para el hígado que me van bien. Me han puesto un nuevo especialista de los riñones, muy joven y parece prometedor, y ese tónico es verdad que reduce el catarro y los esputos. Mi clase de lumbago se relaja hacia la primavera y mi sacro-íliaco creo que se está reparando de lo lindo con los infrarrojos y los masajes. Y con este compuesto de glándula de mono calculo que el verano que viene va ser tan espléndido como cualquier otro que haya yo vivido. Puede que pronto esté yo bien incluso.

¿Para qué [querer que nos devuelvan la juventud] si todo eso ya lo hemos dejado atrás?

— — —

Es fácil diseñar un Misterio. Sigues reuniendo requisitos no congruentes hasta que la suma total asume proporciones que las mentes humanas que poseemos no puedan ni reducirlos, ni reconciliarlos, ni imaginar de lejos. Como el loquero en busca de su escapado. —Está loco, es cortito y delgado, y pesa 200 kilos. Bueno, ya les dije que estaba loco.

* * * * *

El americano que volvió de lejanas tierras era la sombra descarnada de aquel apuesto mozo que veinte años atrás se había casado con María entre el clamor de las multitudes. Con más de treinta kilos de menos, tristón y casi ciego; sólo un pie le quedaba ya en este mundo. El resto, mente incluida, no pertenecía aquí. Y no digamos sus órganos desvitalizados.

Visitó a Nena en Granada y vio a su familia, su perdida esposa, sus abandonados hijos... y creo que comprendió. ¿Quién salió más quemado, Roma o Nerón?

Tomó una habitación en una pensión inmunda, en el patio de la cual se formaban colas de soldados de Viator cada tarde para los cuartos de las putas, y de noche otro chorrillo de viejos verdes.

Recibía las visitas periódicas de alguna de las niñas, con su novio acaso o marido, y del pequeño Gus; Percy se dejaba caer por allí más raramente, y también lo hacía María, que siempre le traía cosas.

Yo aparecí por Almería sin previo aviso, desde América, donde estaba estudiando en Berkeley, y me enteré de que había sido hospitalizado la noche anterior. Una tremenda coincidencia. Me apresuré a verlo. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Hizo falta un ataque al corazón para vencer su aversión a los médicos y hospitales. La lista de problemas internos era interminable, pues no quedaba órgano sano en él, nada.

¡Qué asombro y qué contento al despertar y vernos a todos reunidos a su alrededor! Le besé la mejilla. Me preguntó por mis estudios. Dijo que estaba orgulloso de mí. Unas amargas lágrimas le resbalaron por la mejilla abajo. No nos habíamos visto en ocho o diez años, una eternidad.

Estaba desesperado por huir del agobio de los confinados espacios blancos y plagados de maquinaria médica de la UCI, y del hospital entero. Así que me encargó que fuera a por

ropa a su cuarto de la pensión.

¡Qué horror, cuando llegué al lugar y me dieron la llave de su habitación! Aquello más que un cuarto de pensión era un museo etnográfico. Todo lleno de trastos a modo de decoración o de almacenaje en abarrotada acumulación, un trasunto de los escuálidos cuchitriles separados por paneles de las fondas de Colombo: cosas colgando del techo y de las cuatro paredes, docenas de bolsas de plástico con especias y hierbas y botes y cartones y papelorios. Peste. Inmundicia. Debajo del camastro y atiborrando la mesita de noche, encima, debajo, y todo alrededor, esparcíase un ejército de botellas tanto llenas como vacías. Me salí al pasillo que daba al patio interior porque no lo pude soportar, pensando que él estaba en el hospital y que volvería a esto. ¿Cuánto podía nadie, ni siquiera estando en posesión de salud y cordura, durar en estas asfixiantes, alcohólicas, condiciones? Lloré como un niño.

Janet, la segunda hermana de las tres, lo estaba visitando cuando le dio el ataque. Él no quería que ella llamara un taxi, pero Janet insistió. En realidad era éste su segundo ataque al corazón. El primero le sobrevino en medio del gentío de la plaza, el mercado central de Almería, donde se desplomó al suelo entre puestos de fruta y verduras.

A la vuelta del Oriente, sufría O. G. de cataratas en ambos ojos, tan avanzadas que tuvo que operarse. Se operó de un ojo solamente, dando el otro por perdido. Bromearía con que tal solución le aportaba una doble ventaja: la mitad del precio, y ahora podía leer borracho como una cuba sin ver doble. Sin córnea, al parecer, me dijo que estaba, o algo así, y no podía enfocar, por lo que se veía obligado a utilizar y llevar consigo en todo momento tres pares de gafas: unas para leer, otras para la distancia, que incluía conducir, y las terceras para aquellos pequeños detalles que caían en medio, como su vaso, paquete de cigarrillos o la cara de la persona que tuviera delante.

Janet y Gus eran los que más se acercaban a Almería a visitarlo, pues las otras dos hermanas, la mayor y la chiquitilla (ya con 16 años) se habían trasladado a vivir a

California, donde pasarían unos años.

Dice Janet que a veces salían con el padre en el coche a algún bar u otro lugar de esparcimiento. Conducía él porque era el único que podía controlar las marchas y el freno del ya viejísimo SIMCA que tanto había rodado. De pronto se encontraban con que estaban pasando, a toda velocidad y sin que el conductor decelerara un ápice, entre dos enormes camiones... ¡zooooom! Sólo centímetros les separaban de los costados de aquellos camiones. ¡Madre mía, ¡por los pelos! Advertido del hecho, decía Olin, que sólo veía en línea recta, como a través de un túnel: —¿Camiones, qué camiones?

O. G. dejó el hospital por pura cabezonería, sin escuchar razones. Por un lado quería estar de vuelta en su cuarto. Por el otro, temía que el hospital le pasara factura, a pesar de insistirle María que no tenía que preocuparse por eso, que ella había arreglado los papeles para incluirlo en su cartilla de la Seguridad Social. Vuelto, pues, a la pensión, vueltos los granadinos a Granada y Percy al norte, quedé yo solo en Almería con el viejo, en pensiones separadas.

Lo visité dos veces, pero ya estaba en su propio universo prácticamente ininteligible.

Salimos a comprar el periódico. Tenía que informarse de cómo iba la bolsa. ¡Pobre, si ya no le quedaba ni dinero! Lo invité a un cuba libre o lo que quisiera (yo andaba quitado del alcohol) y me dijo que él tenía sus propios combinados para beber en la pensión: ron y vodka combinados, sin hielo.

Me quiso hacer partícipe de tres o cuatro asuntos que él juzgaba de interés. Y lo eran.

Yo, mientras hablábamos, hice alguna solapada alusión a la paranoia, sobre si recordaba haberla sufrido. Él afirmó que me equivocaba de todas todas, que la única experiencia paranoica que había sufrido en su vida, y ésta muy leve, había sido en Minnesota, donde, por ser viajante, llegó a abusar de las anfetaminas, las cuales le habían inducido, admitidamente, un estado paranoide. Respecto a que hubiera sufrido nada similar en España, de ninguna manera, ¡nunca! No quise insistir en el tema, y sobre todo me abstuve de mentar

a la Mami en relación a los estados de desequilibrio mental, el alcohol, y la violencia.

Entre las cosas que él dijo, afirmó primeramente que los Waldenstone teníamos sangre india de los Pies Negros, cuando la verdad es que éramos prácticamente vikingos puros. A lo largo de los años me he dado cuenta de que a la mayoría de los americanos les encanta pensar, o al menos pretender, que llevan sangre de alguna tribu amerindia en las venas —tristes ironías del destino—, por lo que esta afirmación en sí no demostraba que a mi padre le faltaban excesivos tornillos. Pero venir con esto... ¿a estas alturas?

Declaró luego que él era judío, el único judío de la familia, pues cuando nació andaba merodeando por allí en el hospital un amigo rabino del abuelo, el cual, mientras lo circuncidaban (práctica corriente en aquellos tiempos en los EE.UU. por motivos, se aduce, de higiene) realizó sobre él el pertinente ritual de la fe hebraica. Total, que al rabino le dio por ahí, como a otros les da por chupar bolas de pasamanos o subirse a las farolas.

Finalmente dijo que, según las noticias —desconozco la fuente de unas noticias tan ajenas a España—, el último gobernador de Minnesota había sido elegido por un mínimo histórico, y con un índice de votantes bajísimo. Esta tremenda impopularidad del gobernador electo demostraba a las claras que lo necesitaban ni más ni menos que a él, pues él, Olin Griffin Waldenstone, sería el mejor gobernador de Minnesota que pudiera hallarse; pero que ya no estaba él para esos trotes y tendría que rechazar el nombramiento aunque se lo dieran. Poco importaba que no hubiese puesto el pie no sólo en Minnesota, sino en todo el territorio estadounidense, desde los veintiocho años de edad.

No sé si estas cosas las decía entonces para tomarme el pelo, para ahuyentarme y que lo dejara en paz, o que se las creía de verdad.

Venga, vuelve a acusar, si es lo que quieres, a Erik de que sólo se codea con amigos imbéciles y papanatas.

Luego me entregó sus manuscritos. Hojeándolos, me di cuenta del enorme y esmerado esfuerzo que había puesto en llevar a término la redacción de los dos volúmenes

mecanografiados. Bajo mi cuidado tendrían mejores perspectivas, suspiró. Él nada podía hacer con ellos en sus circunstancias, y es que ya casi ni circunstancias le quedaban, apenas.

Elucubrantes circunstancias.

—Vamos a ver... ¡Muéstreme sus circunstancias!

—Pues mire usted, agente, ¿qué circunstancias quiere que tenga yo, si soy un judío pies negros al que requieren como gobernador allá en mi tierra?

Llevé a mi padre a mi pensión. Quería darle un libro para leer, *El Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*, de Robert M. Pirzig, que me había dejado una fuerte impresión. También había hallado paralelismos entre el personaje y mi padre. La dueña de la pensión en que yo me alojaba me trataba con mucho cariño, y en cuanto se hizo una idea de la situación en que se encontraba mi padre, se dirigió a él diciéndole que tenía que dejar ese infierno de pensión infestada de furcias, que él era un caballero, que se alquilase una casita donde vivir decentemente y con la holgura y dignidad que se merecía, y ante todo que tuviera en consideración que ya no era un jovencito para andar perdido de la mano de Dios.

Lo hizo. La alquiló poco después de marcharme de Almería. Siguió recibiendo las ocasionales visitas de algunos de los otros hijos, en especial Gus, y él los recibía con muy cambiantes humos u humores, y en ocasiones, cuando le daba por ahí, los echaba a la calle por los motivos más baladíes e ilógicos, como osar sacar la basura sin él pedirlo.

Bueno, ahí estaba lo que quedaba de Olin Griffin. Un pequeño ordenador de 64 K, con impresora que imprimía una estrecha tira de papel, un órgano electrónico con el que grabó unos plañideros, aterradores alaridos en cinta, que supuestamente eran canciones ¿de amor? ¿de ausencias? Finalmente, y como principal elemento decorativo de su salón, un póster del célebre rastafari y cantante de *reggae*, Bob Marley.

Según me cuentan, en uno de sus momentos de rabia y dolor le dijo a una de las hijas, no recuerdo a cuál, que yo había sido el causante de su ruina, que por mi culpa comía sólo cortezas de cerdo. Se refería, sin duda, a aquellos años míos de estudiante en que los

banqueros del *trust* me remetían un cheque de trescientos cincuenta dólares cada tres meses para ayudar a costearme los estudios. Los míseros restos de la herencia se habían repartido al final, unos cinco años antes. También murió su padre, el célebre médico, y como a modo de desquite por lo que había hecho la abuela en su día, legó doscientos mil dólares a cada uno de los otros dos hijos y al padre solamente veinte mil, golpe feroz al final de sus días. El resto de la fortuna del abuelo fue a instituciones médicas, como la biblioteca de la Facultad de Cirugía de la Universidad de Minneapolis, biblioteca que llevará mientras exista su nombre. Alto precio para una etiqueta, aunque estoy seguro de que, a la larga, estuvo bien lo que hizo.

Mi padre era un hombre casi arruinado económicamente y agotado de la vida. Más que ninguna otra cosa era un hombre encerrado en una angustiosa, agónica sima interior. El coche se lo habían destripado en las ramblas, donde lo venía estacionando, y allí quedó como un reflejo de su dueño. No se perdió nada. O. G. ya no iría a ninguna parte.

Un día Janet, su esposa Carlos, y Percy, que también se encontraba en Almería de visita, notificados por los vecinos del lugar, acudieron y mandaron echar abajo la puerta, pues un olor nauseabundo emanaba de la morada. O. G. yacía dentro, en el suelo, muerto de dos semanas. Según información publicada en la *Voz de Almería* su cuerpo yacía en medio de los cristales rotos de una botella, algunos incrustados en su espalda.

Un espectáculo que no me habría gustado presenciar por nada del mundo.

Suscrito a un seguro de entierros por María, y hoy ya con nicho a perpetuidad (nicho que algún día, esperemos que muy lejano aún, ella ha de compartir), yace Olin Griffin Waldenstone. En el cementerio de Almería.

Sí. En aquella misma loma donde él por primera vez vio Almería yace mi padre enterrado. Loma ahora tornada en atalaya suya. Acaso un resto de su alma americana, de su yolirio, pueda contemplar para siempre esa fantástica visión mágica que lo encandiló y hechizó, que ancló para siempre su corazón de marinero errante... a su sol, a su mar

Mediterráneo, a su encanto, a su inequívoca personalidad... a... ¡Almería!

Rest in Peace, Daddy.

Capítulo 16. Postrimerías

TEXTOS XVI

A decir verdad la mayoría de nosotros preferiríamos no ser actores. [...] Nos gustaría mucho más ser apreciados por nuestro valor y significación reales aunque sea sin provecho ni aplausos. Pero la moda ha dado largos pasos hacia la admiración por los actores y las actrices, una tendencia animada desde luego por el gremio.

¿Para qué qué tanto exigir aplausos, y con tan ostensibles ansias?

Sospechamos que la respuesta correcta es que es lucrativo, y no en el sentido más directo y obvio. Las técnicas teatrales requieren fuertes dotes de método científico sacado de siglos de práctica. Han encontrado a su público dispuesto a casi todo por el privilegio de rendir una inequívoca, palmaria aclamación.

En cambio los demás mortales estamos condenados a pegar etiquetas obviamente superficiales de improbable dignidad a los personajes prosaicos y aburridos que nos han sido conferidos por el nacimiento, los colegas, y nuestros años anteriores. Pues desde luego somos en un sentido todos actores aunque privados de ningún adiestramiento en el arte, carentes de dedicación y habilidades, sin libertad para elegir nuestros papeles, y muy raramente aplaudidos. En lugar de alternar entre una variedad infinita de papeles diversos, cada uno escrito para proporcionar un inherente interés, nos vemos obligados a dedicar el esfuerzo de toda una vida a una especialización siempre mayor y a encajonarnos más y más en callejones sin salida.

Nosotros somos los que queremos encaramarnos sobre nuestras sillas y gritar nuestras desenfrenadas aclamaciones a la actuación de aquellos otros. El cumplimiento de un deseo para nosotros mismos transplantado a aquel plano imaginario donde las luces y las cámaras y la historia estaban amañadas a nuestro favor con una merecida ovación aguardándonos en el *gran finale*.

Puede que no sea demasiado tarde para lograr un cachito de esta gloria. [...]

Los buenos libros no pudieron descender del cielo: alguien tuvo que subirlos arrastrando del infierno.

* * * * *

Así pues, mi padre se había marchado, esta vez definitivamente. Nunca volvería a verlo, a oír su voz, a pedirle consejo y ayuda. Faltando él y su chispa ya nada era lo mismo, por mucho que lo pareciera. Como tampoco habría sido igual nuestro mundo, y sus sinuosos tonos y sombras y claroscuros, sus *nuances*, si él no hubiera nacido, si su hálito Waldenstoniano no hubiese invadido los inescrutables rincones y recovecos almerienses, penetrándolos molecularmente, y no lo digo, os lo aseguro, por mí ni los míos solamente, sino un poco a lo Frank Capra, en *It's a Wonderful Life*, salvando las hondas distancias y los océanos abisales, y es que todos dejamos nuestro granito de arena sobre la playa, plantamos en el libro del discurrir humano nuestro garabato, sea feo o sea bonito; y mi padre, tengo que decirlo, era de los que se las traen, de los que van y rompen el molde al nacer.

Triste. Triste final para un hombre tan... tan... ¿hombre? ¿puesto en sus trece? ¿extremado? Tan suyo. Triste para cualquier hombre. Morir así tirado en el suelo y esos cristales rotos. En una habitación oscura, en una casa desolada, en una tierra que nunca lo llegó a comprender ni lo trató como a uno más, si es que alguna vez fue eso lo que él quiso.

Pero no podía ser de otro modo. Su trayectoria, su desenlace, él mismo se lo marcó, nadie más. Y aunque O. G. hubiese preferido acabar sus días en la paz y armonía del regazo familiar —y quién no— poco se esforzó por lograrlo. Por lo menos después que estuvo preso de las garras del alcohol, de lo cual era plenamente consciente. A partir de ahí era cuestión de tiempo que la bebida le comenzara a corroer el juicio.

Si al menos hubiera tenido que depender de un trabajo que le exigiera un razonable grado de sobriedad, o que le ofreciera un aliciente en la vida...

No era de los que piden ayuda.

Todo lo contrario. Si el mundo que le rodeaba no se acoplaba a su modo de ver las

cosas, ya vería él de encontrar otro que lo hiciera. Por probar que no quede. Dar el brazo a torcer es de cobardes y O. G. era un *hombre*. Eso dígase en español, inglés o en cualquier idioma.

Y también es verdad que ninguno de nosotros le guardábamos tirria ni nada de eso, y en sus años crepusculares no creo que pasara un solo mes sin que alguien de la familia acudiera a hacerle compañía, saborear sus combinados étlicos, e incluso a llevárselo a hacer camping a las playas de levante, que empezaban a despuntar como meta turística por aquellos días que tan lejanos nos parecen, pero que bien mirado no lo son en absoluto.

María, su esposa, lo encajó fatal. No se le quitaba de la cabeza, no podía parar de repetir una y mil veces, que había muerto solo. —¡Y qué solo ha muerto, Dios mío, qué solo! ¡Y que yo no estuviera allí... Virgen Santa, y tan solo que estaba el pobre hombre!

Ha aprendido, a pesar de los pasares y con el paso de muchos años, a reconciliarse con la realidad. Apenas echa las cartas a la gente ya. Cierta síndrome hipocondríaco que venía afligiéndola desde siempre alcanzó su apogeo, y acabó recibiendo quimioterapia. ¡Cosa sería, la salud! Su vida ahora es apacible y espero que razonablemente feliz.

Tiene un nuevo marido, un hombre muy bueno y muy apacible, que en nada se parece al primero.

Sigue soñando con vivir en su América del alma, sueño que ve satisfecho cada par de años a base de coger el avión y ponerse allí a visitar a alguno de sus hijos, pues siempre habrá uno, o una, pululando por esas tierras.

Lo que los años le han robado de brío, se lo han dado de paz.

Y es que la vida, querámoslo o no, sigue. Cosas pasan en la vida —la de todo ser humano— ante las que lo único que se puede hacer es recoger los pedazos rotos y desperdigados, hacer un hatillo al buen tuntún, y lanzarnos a retomar el camino, y amanecerá Dios y medraremos.

Así, los demás, las niñas y Gus y Percy y yo, reemprendimos nuestras respectivas

sendas, uno acá, otro allá, cada cual en su recuadrillo del tablero; seguimos adelante con nuestras malas, regulares o buenas vidas, como las de cualquier hijo de vecino, con sus penas y sus glorias, sus premios y castigos, sus —no siempre, aunque casi— bienvenidos avatares, pero de estas cosas no vale la pena hablar, que el que más y el que menos tiene sus kilómetros andados y sabe la tira, y para qué aburrir a nadie con tales levedades y pamplinas. Además, con las vueltas que da el mundo, lo que hoy es una verdad como un templo, dentro de cinco años ser puede mentira; así que limitaré mi informe a cuatro lacónicas puntadas.

Percy volvió con su compañera aragonesa a su tienda de souvenirs, y andando los años cogería un avión a América, a Nueva York, para labrarse la vejez. Desapareció un día de Playa de Aro (perdón: *Platja d'Aro*), y lo que pasó fue que se había topado con el fantasma de la ludopatía, había luchado fieramente y había sido derrotado. Nos llamó desde la ciudad de los rascacielos asegurándonos que estaba bien, y que allí no le andaban persiguiendo las máquinas tragaperras ni los bingos ni los queridísimos bares españoles. Mi cuñada procedió a reunirse con él y se casaron y comieron pavo y muchas vitaminas.

Las niñas, no tan niñas ya, le han traído al mundo un buen número de nietos al padre. Ninguna ha salido mucho más emprendedora que Percy y que este servidor vuestro, que ya es decir, pero bastantes yuppies tiene ya el mundo, digo yo. Todas se tiraron sus añitos en California, donde yo residía. La Mami me las fue mandando una a una. Luego cogieron ellas y se fueron volviendo a España, una a una, y se han establecido en Granada donde está la madre, salvo la mayor, que ha escogido un cortijo en un pueblecito almeriense “de cercanías” como morada. Los días de trabajo ella pasa por delante de las rejas del cementerio. De las tres fue siempre la más apegada al padre.

El único de la joven segunda promoción que no habita actualmente estas tierras benditas —y que no cesa de asombrarme— es Gus. Tras hacer la mili en Ceuta y con calabozo a espuestas llenas, rebelde el chaval, se subió a un avión y se puso en Alaska (un año y pico de

estancia), Honolulu (otro trecho largo), y Las Vegas, para terminar metiéndose a *U.S. marine*. Todo por las patrias, y qué vocación. Yo, influido por Oliver Stone, Kubrick, y los telediaros, expresé en su día mis dudas de que sobreviviera al *boot camp*, y bien que me lo restregó por las narices luego. Bueno, al menos no me pegó un tiro. *Ja voll, Corporal Waldenstone!*

De todo ha de haber en la viña del Señor.

En cuanto a mí, también me volví a estos andurriales, y vivo en Granada, no excesivamente lejos de donde vive mi mamá, que aún nos mima a todos.

Porque como en Andalucía no se vive en ningún lado.

En América me divorcié y me volví a casar. Dejé a la esposa española en América y me traje a la nueva, californiana, a España. No está mal, aunque mis cuñados, que son muchos, siempre me lo restriegan por las narices. Tampoco ellos me han pegado un tiro pero sospecho que no faltaron las ganas en algún caso puntual.

Afortunadamente tengo una maravillosa mujer que me mima también y hace que todo haya valido la pena. Por otro lado, veo que debo tener una condena a perpetuidad a hacer de intérprete de mis seres queridos —empezando por mi padre, siguiendo por mi primera esposa allá en USA, y ahora con ésta acá— entre los paisanos del lugar, evitando situaciones embarazadas, perdón: embarazosas, tales como ir a comprar té.

Le he proporcionado al protagonista de esta historia dos nietos, de madre española: Erik Júnior y Laura. La niña este año capicúa de 2002 se encuentra estudiando arte en Toledo, aunque sólo por un intercambio estudiantil: su vida se ha desarrollado en América. El niño estudia en Minneapolis, Minnesota... y adivinad qué: ¡Medicina!

En la red de redes comienza a descollar otro joven Waldenstone cuyas páginas web aparecen en castellano. Su linaje, a lo que me figuro: Percy y su primera mujer, almeriense. El joven es biólogo ecologista. Declara que ser un gusano es bueno. Efectivamente: sus escritos se asemejan de forma un tanto inquietante a los de su abuelo, de quien los lectores

ya tienen cumplida noticia. Espero que tenga buen fluido para los frenos.

El mundo es un pañuelo. Menos aún: un trozo de pañuelo. Pero ya paro yo. Basta de andarme por las ramas del árbol familiar.

A veces me vienen recuerdos de aquellos días. A veces me dan ganas de llorar de lo feliz que era. A veces, cuando me paro a recordar...

También es cierto que no todos lo tuvieron tan de color de rosa. Percy pasó años de miseria y malos golpes de la vida, y peores golpes fueron los que se llevó la Mami en aquellos días negros de la paranoia. Las niñas apenas, y Gus nunca, tuvieron un padre como Dios manda y como tiene todo el mundo (si bien estos últimos especímenes empezarán a escasear, supongo, con la radical americanización del orbe y de la urbe nuestra); un padre que estuviera ahí un día sí y otro también, un padre que los cuidara y controlara y besara y regañara...

En fin. No puede uno tenerlo todo en esta vida.

Todo quedó atrás. La misma Almería quedó atrás. Patton y Lawrence de Arabia y Jack Palance ya no lucen sus jetas por la ciudad ni la transforman con la magia de los decorados de quita y pon. Se relamía mi padre contándole a los extranjeros que en Almería cuatro gitanos se echaban un par de jornalillos haciendo el indio allá en los *badlands* del campo de Tabernas y toda la ciudad comía durante un mes. Incluidos nosotros, por supuesto. Mejor récord y *performance* que el de "el Americano de Almería", que se tiró cincuenta y nueve años haciendo igualmente el indio y al final no comió nadie en realidad. Tenía que haber hecho otras cosas, como el italiano o el Mal-lo Brando en El Padrino o el destripado en Sol Rojo, por ejemplo.

Eso sí, pasamos muchos ratos buenos y que nos quiten lo bailado.

Volverán los vencejos con sus vuelos altivos los cielos vespertinos a surcar. Y plantarán sus nidos en los mil huecos de las murallas moras del Cerro de San Cristóbal. Y esos aires de Almería de nuevo lucirán sus galas inmensamente inocentes y azules. Pero esos ayer de

aventura y picardía, de juegos y de amores desbordados, de “besos y cánticos y risas” que evocara el poeta Villaespesa en un bello soneto a Almería, esos, ¡no volverán!

¡Y qué gran verdad, cuando te dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor!

— — —

A veces nos reunimos la familia —los que buenamente podemos— por Navidad para pasar la Noche Buena en casa de la Mami: los hijos, las hijas, los maridos y esposas, los nietos y las nietas; y celebramos y cantamos villancicos o jugamos al bingo o al póquer tras la consabida comilona . A lo mejor comenzamos a hablar y brotan los recuerdos, las memorias de sucesos de los días aquellos en que el mundo era más joven... más real y vívido era el mundo, sí, y todas las cosas se vivían a flor de piel. Y a lo mejor se me viene a la cabeza, no sabría decir cómo, una pequeña o gran anécdota de tantas que me rondan acá adentro, soterradas bajo la turbidez de los hechos cotidianos que me vienen pasando, o no pasando, hogaño. Comulgo, comulgamos todos —me refiero a los más mayores— con los vulnerables sentimientos de aquel fabuloso antaño perdido.

—¿...te acuerdas, Nena, cuando mi padre...? —y procedo a relatar en tono de chascarrillo alguna locura del americano de Almería.

—¡Ay, tu padre! Tu padre...

—¿Pero te acuerdas o no te acuerdas, Mami? —le pregunto.

—Si hijo mío, sí —se queda silenciosa, mirando al suelo. Lanza un larguísimo suspiro.

—¡Ay, ...tu padre!

FIN